

“Ir al final de la línea para la gloria de Dios”

Homilía, 24º domingo del Tiempo Ordinario, Año A

20 de septiembre de 2020

Introducción

Cada vez que escucho la lectura del Evangelio de hoy, recuerdo los años que serví como párroco de la parroquia de Nuestra Señora de Guadalupe en Caléxico. En el calor del desierto, solía correr temprano en la mañana a menudo a lo largo de la valla fronteriza entre Estados Unidos y México. Allí vería la escena exacta que describe Nuestro Señor: hombres parados en las calles, esperando ser contratados para trabajar en el campo para poder ganar el salario de un día.

La undécima hora

Como los trabajadores de la hora undécima, estos hombres estaban al final de la línea: los excluidos e ignorados por la sociedad, la gente que apenas podía sobrevivir. A menudo, personas así llamaban a la puerta de la iglesia pidiendo ayuda, porque sabían que en una tierra nueva y extraña, la Iglesia *sí* los ayudaría.

Recuerdo a un hombre, que llegó a este país sin la documentación adecuada, que tocó el timbre y me pidió a mí, el padre de la parroquia, un boleto de autobús para llegar al lugar donde esperaba escapar de la pobreza y la violencia. Así que lo llevé a la estación de autobuses y le compré un boleto. Sabía que estaba

infringiendo la ley, ya que es ilegal proporcionar transporte a un inmigrante indocumentado. Pero la ley más alta es el amor a Dios y al prójimo, y esa ley tiene que tener prioridad sobre la ley del estado hecha por humanos cuando el gobierno nos pida que le demos la espalda a Dios o al prójimo necesitado.

Ahora, en San Francisco, todos nosotros aquí reunidos estamos al final de la línea. No importa cuán ricos o pobres, no importa si son recién llegados o de familias que han estado aquí durante muchas generaciones, es nuestra fe católica la que nos une, y es por nuestra fe católica que estamos siendo puestos al final de la línea.

Hace meses, presentamos un plan de seguridad a la Ciudad que incluía mascarillas y distanciamiento social, al igual que lo hicieron las tiendas minoristas. La Ciudad dijo que sí al comercio minorista en interiores, pero los católicos todavía estamos esperando recibir una respuesta. La Ciudad continúa imponiendo restricciones irreales y sofocantes a nuestro derecho natural y constitucional al culto. Esta discriminación deliberada nos está afectando a todos. Sí, discriminación, porque no hay otra palabra. Preguntamos: ¿por qué la gente puede hacer compras en Nordstrom al 25% de su capacidad, pero solo uno de ustedes a la vez puede orar dentro de esta gran Catedral, *su* Catedral? ¿Es esto igualdad? No, no hay ninguna razón para esta nueva regla excepto el deseo de poner a los católicos, para ponerles a ustedes, al final de la línea.

Durante meses he suplicado a la Ciudad en su nombre, abogando por su necesidad del consuelo de la Misa y el consuelo que obtienen de la práctica de su fe y la conexión con su comunidad de fe. La Municipalidad nos ignoró. La Municipalidad los ignoró a ustedes. No lo negaron, pero simplemente los ignoraron. Me ha quedado claro que simplemente ustedes no les importan a ellos. Para ellos ustedes non son nada, para ellos ustedes no les importan. Déjenme repetirlo: a la Municipalidad, USTEDES NO IMPORTAN.

¿Una persona a la vez en esta gran Catedral para rezar? Qué insulto. Esto es una burla. Se están burlando de ustedes y, lo que es peor, se están burlando de Dios.

Para la Municipalidad, ustedes no importan.

Los Pensamientos y Los Caminos de Dios

Pero tal vez eso en sí mismo no importe. No importa porque, para mí, sí, ustedes me importan. Sí, a mí me importan mucho. Estoy aquí porque me importan y porque los quiero, los quiero mucho. Estamos aquí juntos porque amamos a Dios y nos amamos unos a otros como hermanos y hermanas en Cristo. Dios nos creó para conocerLo, amarLo y servirLo en esta vida, para que podamos ser felices con Él para siempre; entonces, sabemos que cuando Dios es rechazado por la sociedad, solo trae miseria y desesperación.

Solo miren alrededor de nuestra Ciudad. ¿Qué le ha pasado a nuestra querida Ciudad? San Francisco fue una vez conocida como un lugar de gran belleza y hospitalidad, una ciudad de clase mundial de gran cultura, el primer hogar de las Naciones Unidas, cuyo mismo nombre evocaba imágenes de “pequeños teleféricos [que] suben a medio camino de las estrellas.” Ahora, ¿qué imágenes le vienen a la mente de la gente cuando piensan en San Francisco? Miren alrededor de la Ciudad y vean: indigentes sin hogar y ciudades de tiendas de campaña en expansión, tráfico de drogas y disparos a plena luz del día, heces humanas en las calles. ¿Qué le ha pasado a nuestra querida Ciudad?

Todo esto está sucediendo, y los católicos estamos al final de la línea, porque nuestra Ciudad ha abandonado a Dios. Nuestro bendito Señor se burla abiertamente de las sonrisas de alegría de las élites culturales. El símbolo sagrado del hábito religioso es blasfemado con la aprobación entusiasta de aquellos que profesan respeto mutuo y tolerancia por otros que son diferentes, mientras nos discriminan a nosotros abiertamente.

Esto, mis queridos hermanos y hermanas, es impiedad, pura impiedad; es la pura falta de Dios. ¿Qué hacemos las personas de fe cuando nos enfrentamos a la pura impiedad? Vamos al final de la fila. Pero, por favor, no me malinterpreten. No quiero decir que debemos aceptar la injusticia. Hemos estado soportando pacientemente el trato injusto durante suficiente tiempo, y ahora es el momento de

unirnos para dar testimonio de nuestra fe y de la primacía de Dios, y decirle a la Municipalidad: ¡No más!

Lo que quiero decir con ir al final de la línea es que todo lo que hacemos debe ser para la gloria de Dios, no la nuestra. Hay demasiada búsqueda de la gloria propia hoy en día, lo que nos ha llevado a donde estamos ahora. No, como nos dice el profeta Isaías, debemos actuar de acuerdo con los pensamientos y los caminos de Dios, que aventajan a nuestros así como aventajan los cielos a la tierra; no debemos usar medios mundanos simplemente para luchar para salirse con la nuestra. Al luchar por la justicia, luchamos por la gloria de Dios. Por eso, pido a todos los católicos de esta Ciudad y de este país que sigan ejerciendo una ciudadanía responsable, que cumplan con las normas razonables de salud pública y que sigan sirviendo a nuestra comunidad, a pesar de las burlas a las que estamos siendo objeto en tanto de muchas formas diferentes. Este es el camino de Dios, y así es como veo a los católicos sirviendo a Nuestro Señor.

Los trabajadores de las Caridades Católicas no han abandonado a las personas sin hogar que viven en las calles durante esta pandemia, incluso cuando otros lo han hecho. No lo hacen para llamar la atención de los medios o para recibir elogios de los grandes y poderosos, pero están ahí, trabajando en silencio hasta el agotamiento para proporcionar comida y transporte a las personas sin hogar en esta época de pandemia. Y también están sucediendo muchas cosas buenas en nuestras parroquias, a través de la Sociedad de San Vicente de Paúl y

tantas otras actividades parroquiales. Gracias a todos ustedes, buenos y fieles servidores, gracias queridos sacerdotes, religiosas y religiosos y fieles laicos sacrificadores, por lo que están haciendo para mantener vivo y visible el amor de Cristo en estos tiempos angustiosos.

Esto es lo que significa ir al final de la línea, ponerse entre los últimos, que serán los primeros en el Reino de Dios: venir aquí para dar testimonio del primado de Dios y de que la fe es esencial, y luego volver a sus parroquias al servicio de los pobres.

Conclusión

Pero para perseverar, debemos estar arraigados espiritualmente. Hace tres años tuve la gran gracia de consagrar nuestra Arquidiócesis al Inmaculado Corazón de María. Para que podamos mantenernos espiritualmente arraigados, deseo hacer un llamado a todos ustedes una vez más para *vivir la consagración*. Vivan la consagración rezando el rosario diariamente y en familia al menos una vez a la semana. Vivan la consagración dedicando al menos una hora a la semana a la Adoración del Señor en el Santísimo Sacramento. Vivan la consagración ayunando los viernes y aprovechando con frecuencia el sacramento de la Penitencia.

Nuestro arraigamiento espiritual nos elevará para pensar con los pensamientos de Dios y movernos en los caminos de Dios. Que Dios nos conceda

Homilía, 24º domingo del Tiempo Ordinario, Año “A”

esta gracia, para Su gloria y para la sanación de nuestra Ciudad, de nuestro país y del mundo entero.